

En esta última situación se encontraban Zayda Fatima y Guzman el Bueno.

Cuando ella se acercó á la tienda de la reina la primera vez que fué á visitarla en los reales, presintió á Guzman.

En efecto, Guzman estaba al lado de la reina.

Cuando Guzman vió al caballero del Aguila Roja, conoció á Zayda Fatima.

La buena doña María se estremeció y se entristeció.

Habia visto cruzarse una involuntaria mirada de fuego entre sus dos mas leales servidores, y procuró que no volviesen á encontrarse.

El campo de Zayda Fatima estaba separado por una gran distancia del de la reina.

Cuando se combatia la villa, si Guzman acometia por un lado, el caballero del Aguila Roja tenia órdenes de acometer por el opuesto.

No habian vuelto á verse Guzman ni Zayda Fatima: habia cuidado de evitarlo la severa y previsora doña María.

CAPITULO VI.

DE CÓMO, SEGUN LA OPINION DEL EJÉRCITO, LA REINA DOÑA MARÍA IMPIDIÓ QUE GUZMAN EL BUENO Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA SE COMBATIESEN EN BATALLA CAMPAL.

I.

La fiebre devoraba á Zayda Fatima.

La embriaguez del amor la dominaba; así es, que se olvidó de su silencio, de su situación, y al chocar con Guzman el Bueno, dijo, olvidándose hasta de que habia cambiado aparentemente de sexo:

—Perdonad, iba distraida.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Guzman el Bueno: gracias, señora.

—¡Ah! exclamó Zayda Fatima conociendo tarde su olvido: ¡no sé lo que pasa por mí!

—Descuidad, descuidad, señor capitan, dijo Guzman el Bueno, que vuestro secreto no lo era ya para mí; y si continuó tratándoos como vos quereis que se os trate, es por evitar que el viento arrastre alguna de nuestras palabras que puedan descubriros.

—¡Que conocéis mi secreto! dijo alarmada Zayda Fatima, porque creía que Guzman el Bueno se refería al secreto de su corazón: ¿no teméis haberos engañado?

—¡Ah, no! exclamó Guzman: reconozco en vos á una noble persona, digna de mejor suerte.

—¿Por qué decís eso, capitán? dijo Zayda Fatima.

—Porque os aflige la desventura; desventura que no merecéis, porque nada hay tan bueno, tan noble y tan leal como vos.

Guzman el Bueno, por mas que quiso evitarlo, dejó conocer mucho de apasionado en su acento.

—¿Qué sabéis de mi padre? dijo Zayda Fatima, que tenía miedo á aquella conversacion, y que de otra parte, no se atrevía á cortarla, ó mejor dicho, no podía.

—Yo no me trato con el rey de Granada, contestó Guzman, sino en el campo, y lanza contra lanza, y en verdad, que siento mucho por vos, y solo por vos, ser necesariamente enemigo de vuestro padre.

—Yo tambien lo soy por mi desdicha, contestó Zayda Fatima; pero es la mia una desdicha que no deploro, porque á causa de ella, he abierto los ojos del alma á la religion verdadera, y sirvo á la mas noble de las reinas.

—Es admirable, dijo Guzman: teneis fama de ser una de las mejores lanzas de Castilla.

—¡Ay, don Alfonso, que cuando yo me vi obligada á huir del alcázar de mi reina, porque me acechaban enamorados poderosos, no sabia lo que iba á ser de mí! Necesitaba ocultarme, encubrirme, y solo por esto vestí traje y armas de hombre: nunca habia pasado por mi imaginacion que yo pudiera convertirme en un formidable guerrero: llevaba conmigo á sueldo cuatro hombres, bravos soldados viejos que aún continúan á mi servicio: no sabia yo que en el estado en que se encuentra Castilla no se puede andar por los campos armado, sin verse á cada momento en la necesidad de poner á prueba el esfuerzo: muy pronto nos atajaron en el camino unos salteadores; yo necesitaba encubrir mi sexo para con mis escuderos, y combatí estremecida de espanto: cierto es que mi padre me habia acostumbrado á la

fatiga, que mas de una vez habia manejado la ballesta y lanzado la azagaya, que habia ido á montería, que en los patios de nuestros alcázares habia corrido cañas con mis hermanas y con las esclavas del harem, pero nunca habia pensado en la guerra, y aunque no era ni tímida ni delicada, jamás habia pasado por mi pensamiento convertirme en soldado.

—Por Dios, capitán, estais hablando como mujer, y pueden oiros alguna palabra, dijo Guzman el Bueno: adelantémonos si os place, y así podremos hablar sin temor.

II.

Y Guzman el Bueno avanzó su caballo; avanzó tambien Zayda Fatima, y quedaron solos en un punto intermedio á las lanzas que formaban la vanguardia de la comitiva de la reina, y á la litera de esta.

Podian hablar sin temor de ser oidos.

—Continuad si os place, dijo Guzman.

—Con sorpresa mia, en el primer encuentro que tuve con los bandoleros de que os he hablado, cerca de Renedo, vi que mi pavor se desvanecía, desaparecía, que me entusiasmaban el combate y el peligro, y que se desarrollaba en mí una fuerza que nunca habia conocido: posteriormente, y despues de algunos encuentros con gente maleante, en que triunfé siempre, ayudada por mis escuderos, tropecé con la compañía de los Hermanos de la Selva, que me atajaron en el camino, me combatí de solo á solo con su capitán, y al primer encuentro, le derribé de los arzones, falseados la adarga y el coselete, y atravesado de parte á parte. Esto se debió sin duda al gran empuje de mi caballo, y á lo bueno del encuentro. Mi fuerza se desarrollaba de dia en dia: hecho capitán de los Hermanos de la Selva, estos, que eran unos aventureros terribles, admiraron mi valor y mi pujanza: todo esto me ha venido de Dios, que ha querido acorrerme.

—Indudablemente, señora, indudablemente, contestó Guzman el Bueno; aunque ya he conocido yo mujeres formidables.

—Dicen que vuestra esposa, observó Zayda Fatima trayendo á la situacion como protectora á doña María Alfonso Coronel, es tan brava como vos.

—Hiciera ella lo mismo que yo hice en Tarifa, aunque yo hubiera faltado, y os aseguro que la dejaria yo guardando una villa, tranquilo, porque sé bien que la defenderia como el mejor hombre de guerra.

—Vuestro ejemplo, dijo Zayda Fatima.

—Y su sangre, repuso Guzman, la noble y brava sangre de los Coronel. ¿Y no pensais, señora, en dejar al fin vuestro disfraz y aparecer de nuevo como dama en la córte, al lado de la reina?

—Yo no volveré á aparecer mujer, sino para entrar en un convento.

—¿Para un convento os guardais, doña María?

—¿Y qué he de hacer yo en el mundo? exclamó Zayda Fatima; mientras me necesite la reina, la serviré: cuando el rey don Fernando esté asegurado en el trono, cuando la reina descansa al fin de tanta fatiga, de tanta zozobra, de tanta y tan terrible lucha, cuando reciba el premio que Dios reserva sin duda á su virtud y á su constancia, me encerraré en el cláustro.

—Dicen, observó Guzman con la voz poco firme, que el infante don Juan Manuel andaba muy enamorado de vos, y que con vos se hubiera casado de muy buena voluntad.

A Guzman se le iba yendo la cabeza, se contenia á duras penas, tenia celos del infante, porque le habia oido hablar con adoracion de Zayda Fatima, y sus celos se rebelaban y hablaban.

La conversacion iba haciéndose sumamente peligrosa.

—¿El infante don Juan Manuel! exclamó Zayda Fatima: dejadme á mí de niños mal criados en la traicion, y que si no la cometen, andan tan cerca de ella, que puede considerárseles ya como traidores.

—Así son todos en Castilla, doña María, dijo Guzman el

Bueno, y los que no son así, se cuentan en muy pequeño guarismo.

—Sí, es verdad; no todos son como vos, que no solamente habeis vertido la sangre por vuestro rey, sino que por él os habeis hecho pedazos las entrañas, y á pesar de esto, no pedís á la reina para defender á su hijo como los otros señores villas y castillos, y bien sé yo que, cuando la reina no tiene dinero para pagar las lanzas que acaudillais en vuestro adelantamiento de la frontera de Granada, pagais el sueldo á la gente de vuestro tesoro particular. ¡Ah! esto es ser bueno, noble y leal. No, no como ese infantillo don Juan Manuel, que cuando le quitan una villa pide otra, y si no se lo dan, se enoja, y si no ha llegado á la traicion, anda en tratos poco lícitos con los traidores, como cuando ayudó en lo que pudo al intento de casarse con la reina del desventurado infante don Pedro de Aragon.

—Qué quereis, así anda el mundo; y muchos de los que obran de tal modo, no lo hacen á mal hacer. El infante don Juan Manuel no es de los peores, y al fin y al cabo, aunque se haya hecho pagar mas de lo que vale, ha estado siempre bajo el estandarte del rey; casado con vos, tal vez, y sin tal vez, de seguro, se hubiera convertido en un buen vasallo.

—No parece, dijo con impaciencia Zayda Fatima, cuya fiebre crecia, cuya cabeza sentia á cada momento mas la embriaguez del amor, sino que el infante os ha hecho procurador suyo para conmigo.

—No por cierto, saltó Guzman; todo consiste en que os quisiera ver bien casada, con un infante tan poderoso como don Juan Manuel, lo que os daria infinitamente mas medios para servir á la reina.

—Perdonad, dijo Zayda Fatima, pero no parece sino que os habeis propuesto impacientarme: no me habeis mas del infante; él es la causa de que yo me haya apartado de la reina y convertídome en lo que nunca, ni aun en sueños, habia pensado.

—Perdonadme si os hago una pregunta, doña María, y todo por vuestro interés: ¿jamais á otro hombre?

—¿Que si amo yo, Dios mio! exclamó Zayda Fatima cogida

de improviso, y ya demasiado combatida por su amor: ¡que si amo yo!

—¡Ah, basta, basta, señora! dijo Guzman el Bueno: en la manera de vuestra respuesta, comprendo que amais con toda vuestra alma.

—Es verdad, dijo Zayda Fatima; amo, pero mi amor es de todo punto imposible: no hablemos mas de ello.

—¿Y por qué no? dijo Guzman el Bueno, que estaba tambien aturdido: vuestro amor debe ser como vos, noble y puro.

—¡Oh, sí, noble y purísimo! exclamó Zayda Fatima.

—Los amores puros, no ofenden á nadie, ni á Dios, ni al mundo.

—Sí, cuando son imposibles, cuando una desdichada mujer ama sin poder evitarlo, sin que basten toda su virtud, todo su valor, á un hombre que no puede ser suyo, porque es de otra.

—¿Y no creéis que en esos amores purísimos que vos alentais, hay mucho de fraternidad? ¿No creéis que una hermana, una madre, una hija, pueden amar á un hombre infinitamente mas que una amante? ¿No creéis que hay amores que se alimentan de sí mismos, y que encuentran en sí mismos la recompensa?

—¿Amáis vos de ese modo, don Alfonso?

—No sé, no sé qué deciros, contestó conmovido Guzman el Bueno; pero existe un sér sobre la tierra, por cuya vida, por cuya honra, por cuya felicidad, me intereso como si fuera mi hija, mi madre, mi hermana; un sér á quien amo de esta manera desde que le conocí, un sér á quien no olvido un solo momento, por cuya suerte, ignorándola, estoy ansioso; un sér por cuya ventura daria yo mi sangre, como la daria por mi noble esposa, por mis amados hijos.

—Pues bien, dijo Zayda Fatima, Dios lo ha querido: la última palabra, don Alfonso: ¿soy yo esa mujer?

—Sí, contestó Guzman.

Y sin poder evitarlo, instintivamente, acercó su caballo al de Zayda Fatima.

—Adios, dijo esta, adios: no volveréis á verme mas; pero sabed que yo os amo como me amais.

Y revolviendo su caballo, fué á ponerse al lado de la litera de la reina, y tan cerca, que podia hablar con doña María.

III.

—Señora, la dijo, ¿dormís?

—Nunca duermo cuando voy de viaje, contestó dulcemente doña María: además, este tumor que no aciertan á curarme, me martiriza.

—¡Ah, mi noble señora! exclamó Zayda Fatima, cuya voz era trémula, porque no habia pasado la conmocion que la habia hecho experimentar su plática con Guzman el Bueno: no bastan los dolores del alma para vos, es necesario que se unan á ellos los dolores del cuerpo.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, respondió la reina.

—Sí, contestó tristemente Zayda Fatima, que se cumpla la voluntad de Dios.

—¿Qué os sucede? dijo la reina; no sé lo que encuentro en vuestra voz, en vuestras palabras.

—La desventura se hace cada dia mas acerba para mí; me veo obligada á separarme de vos, señora.

—¡Separaros de mí! ¿y por qué?

—Porque don Alfonso Perez de Guzman y yo no podemos estar juntos en el ejército.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la reina, habeis hablado, habeis sido imprudentes.

—Él es tan honrado como yo, señora; pero me espanta lo que puede sobrevenir: yo no puedo ocultar nada á vuestra señoría, que es mi madre; él me atrae á mí, yo le atraigo á él.

—Pues bien, doña María, seguid, seguid á mi lado hasta Palencia; os prohibo que os separeis de mí ni de mi hueste: sigamos, sigamos hablando; yo no tengo sueño; estoy muy triste; me haceis un favor dándome conversacion.

IV.

Y así siguieron hasta que llegaron á la media noche al castillo de un rico hombre llamado Domingo de Fonseca, que aunque leonés era amigo de la reina.

Acampó el ejército alrededor del castillejo, pero se supo con asombro que durante la noche, y hasta que se rompió la marcha, el caballero del Aguila Roja habia estado preso en el castillo, bajo la guarda del Sin nombre, y que no se habia dejado entrar en el castillo á don Alfonso Perez de Guzman.

Achacóse esto á alguna diferencia sobrevenida entre los dos capitanes, y á que la reina, teniéndolos á los dos en mucho, habia impedido de aquella manera que se combatesen, y así, separados Guzman el Bueno y el caballero del Aguila Roja, llegó la córte con el ejército á Palencia.

CAPITULO VII.

EN QUE SE DICE LA SITUACION DEFINITIVA EN QUE QUEDÓ ZAYDA FATIMA POR ÓRDEN DE LA REINA, Y POR DONACIONES DE ESTA Y DEL REY DE GRANADA.

I.

¿Cuál podia ser la causa de la enemistad de dos tan poderosos y fuertes caballeros, á quienes tan por igual favorecia y distinguia públicamente la reina?

La maledicencia empezó á tomar cartas en el negocio: pero no anticipemos los sucesos.

Llegaron á Palencia rey, reina, magnates, capitanes, caballeros, mesnaderos y hueste, y de allí á pocos dias se trasladaron á Valladolid, donde por la presion que el infante don Enrique ejercia sobre la reina, se escribieron cartas reales á todos los concejos, mandándoles enviasen personeros á Cuellar para celebrar córtes.

Como el infante don Enrique, que segun dijo Guzman el Bueno se habia vuelto loco, á consecuencia, segun digimos nosotros, de una copa de vino enmelado caliente que le habia dado